

especial para *El Financiero*, edición del 13 de agosto de 1992

Baja California

miguel àngel granados chapa

En Baja California el PRI ha pasado a ser, sin duda alguna, partido minoritario, de oposición. Y a pesar de sus ruidosos, y peligrosos alegatos, ese resultado se debe en gran medida a que ha perdido el control de los procesos electorales y a que éstos se afectuaron con instrumentos y reglas que aseguraron la cabal expresión de la voluntad ciudadana.

La Comisión Estatal Electoral no estuvo encabezada, como ocurre en el resto de las entidades, por el secretario general de gobierno, sino por un funcionario designado por el Congreso estatal. El padrón empleado no fue el pedazo estatal del registro federal de electores, sino uno levantado con recursos locales y técnicas propias. Y en un anticipo de lo que vendrá en las próximas elecciones nacionales, los votantes dispusieron de credencial con fotografía. En un orden menos importante, pero también muy digno de consideración, el órgano electoral avaló de manera formal la presencia de observadores electorales. Más todavía, la Procuraduría de Derechos Humanos y Protección Ciudadana (autoridad cuyo presidente es designado por la legislatura) firmó un convenio para la observación respectiva con la Academia Mexicana de Derechos Humanos.

Con esas herramientas, los ciudadanos fueron persuadidos de que su voto cuenta, y acudieron en gran número a depositarlo el dos de agosto, para elegir cuatro ayuntamientos, quince diputaciones de mayoría y cuatro de representación proporcional. La tasa de asistencia fue superior al 70 por ciento en toda la entidad, y en Tijuana llegó al 85 por ciento. Allí mismo la votación fue apretada, al punto de que la diferencia de votos entre los candidatos priísta y panista a la alcaldía fue de apenas seis mil y pico de votos.

En efecto, Héctor Osuna Jaime, postulado para suceder al también panista Carlos Montejo Favela, acumuló 133,672 votos, mientras que el priísta Javier Camasrena Salinas (primo del Presidente de la República) llegó a 126,918 votos. Es verdad que los sufragios en favor del partido gbernamental aumentaron desde 1989, y también en relación a 1991, pero de cualquier modo el PAN mantuvo su posición en ese ayuntamiento, como también retuvo la alcaldía de Ensenada, que ha ganado de manera ininterrumpida desde 1986. Pero Acción Nacional no se contentó con es, sino que ganó también el municipio de Tecate, que había permanecido bajo el dominio priísta.

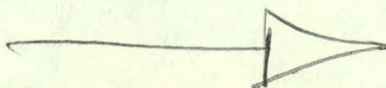


Por añadidura, en la disputa por las curules también se produjo un avance del voto contrario al PRI. De ese modo, el PAN, no necesariamente en alianza con el PRD, pero muy probablemente en esa tesitura, dominará sobradamente el Congreso local. Hace tres años, si bien la votación panista fue abundante, la composición de fuerzas determinó que el PRI y sus aliados empatara la posición del PAN, dejando a un parmista, el único de esa filiación en la legislatura, el papel de árbitro supremo. Ahora, en cambio, los ocho cargos ganados por el partido blanquiazul, más los cuatro que por la representación proporcional le corresponden al PRD, dejan en franca minoría a los siete diputados priístas. No pudo llegar a esa condición Alcide Roberto Beltrones Rivera, que como su nombre lo indica es hermano del gobernador del vecino estado de Sonora, Manlio Fabio de esos apellidos, que perdió la curul del VIII distrito por sólo 222 votos.

El Partido Revolucionario Institucional había hecho una colosal inversión en busca de recuperar el control político de la entidad. Informaciones periodísticas concluyeron que el gasto priísta llegó a 35 mil millones de pesos, corespondiendo sólo a Tijuana 10 mil de esos millones. Al ser aventurada esta cifra, el PRI protestó por la ~~exageración~~ Pero se sabe de fijo, porque así lo declaró de modo oficial el delegado del comité nacional en la entidad, Orlando Arvizu, que cada candidato --19 en total, cuatro a las presidencias municipales, quince a la Cámara local-- recibió quinientos millones de pesos para su campaña. Sólo esa dotación directa suma nueve mil quinientos millones de pesos. Si a eso se agrega que se repartieron cien mil despensas cuyo monto oscilaba, según la categoría, entre 15 y 30 mil pesos, que se rifaron artefactos eléctricos (sobre todo ventiladores, muy apreciados en las zonas tórridas de la entidad); que se alquilaron camiones para los traslados, se firmaron convenios de publicidad con los diarios locales y de hecho se copó al menos la mitad del hotel Lucerna, se verá que no es descabellada aquella cifra. Esta contrasta con las también calculadas por la prensa, atribuidas al PAN (tres mil millones de pesos) y al PRD (sólo seiscientos millones de pesos).

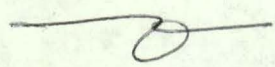
Tal vez la fenicia conciencia de que todo ese dinero se esfumaba en derrotas, transformó al elegante PRI ue en Chihuahua se apresura a reconocer la pérdida de sus pociones, en un arisco protestador de decisiones y resultados, capaz de poner en jaque la convivencia en Baja California. Se le sumaron en la mezquindad los pequeños partidos que ~~por falta de~~ ^{votos} desaparecen de la escena. Todos juntos deturpan al "PAN-gobierno", como llaman al presunto contubernio entre el partido al que pertenecen los gobernantes de la entidad y el

lo que considero una exageración



gobierno mismo, en mecánica devolución de la fórmula que se ha convertido en definición del PRI.

Sería ridículo e ingenuo pretender que fueron impolutas las elecciones bajacalifornianas, Ninguna lo es. Pero las que el PAN hecho gobierno instrumentó en la península, y su resultado, son como un anticipo de lo que andaremos.



Baja California

Miguel Angel Granados Chapa

En Baja California el PRI ha pasado a ser, sin duda alguna, partido minoritario, de oposición. Y a pesar de sus ruidosos y peligrosos alegatos, ese resultado se debe en gran medida a que ha perdido el control de los procesos electorales y a que éstos se efectuaron con instrumentos y reglas que aseguraron la cabal expresión de la voluntad ciudadana.

La Comisión Estatal Electoral no estuvo encabezada, como ocurre en el resto de las entidades, por el secretario general de Gobierno, sino por un funcionario designado por el Congreso Estatal. El padrón empleado no fue el pedazo estatal del Registro Federal de Electores, sino uno levantado con recursos locales y técnicas propias. Y en un anticipo de lo que vendrá en las próximas elecciones nacionales, los votantes dispusieron de credencial con fotografía. En un orden menos importante, pero también muy digno de consideración, el órgano electoral avaló de manera formal la presencia de observadores electorales. Más todavía: la Procuraduría de Derechos Humanos y Protección Ciudadana (autoridad cuyo presidente es designado por la Legislatura) firmó un convenio para la observación respectiva con la Academia Mexicana de Derechos Humanos.

Con esas herramientas, los ciudadanos fueron persuadidos de que su voto cuenta, y acudieron en gran número a depositarlo el 2 de agosto, para elegir cuatro ayuntamientos, 15 diputaciones de mayoría y cuatro de representación proporcional. La tasa de asistencia fue superior a 70 por ciento en toda la entidad, y en Tijuana llegó a 85 por ciento. Allí mismo la votación fue apretada, al punto de que la diferencia de votos entre los candidatos priista y panista a la alcaldía fue de apenas 6 mil y pico de votos.

En efecto, Héctor Osuna Jaime, postulado para suceder al también panista Carlos Montejo Favela, acumuló 133 mil 672 votos, mientras que el priista Javier Camarena Salinas (primo del presidente de la República) llegó a 126 mil 918 votos. Es verdad que los sufragios en favor del partido gubernamental aumentaron desde 1989, y también en relación con 1991, pero de cualquier modo el PAN mantuvo su posición en ese ayuntamiento, como también retuvo la alcaldía de Ensenada, que ha ganado de manera ininterrumpida desde 1986. Pero Acción Nacional no se contentó con eso, sino que ganó también el municipio de Tecate, que había permanecido bajo el dominio priista.

Por añadidura, en la disputa por las curules también se produjo un avance del voto contrario al PRI. De ese modo, el PAN, no necesariamente en alianza con el PRD, pero muy probablemente en esa tesitura, dominará sobradamente el Congreso local. Hace tres años, si bien la votación panista fue abundante, la

composición de fuerzas determinó que el PRI y sus aliados empataran la posición del PAN, dejando a un parmista, el único de esa filiación en la Legislatura, el papel de árbitro supremo. Ahora, en cambio, los ocho cargos ganados por el partido blanquiazul, más los cuatro que por la representación proporcional le corresponden al PRD, dejan en franca minoría a los siete diputados priistas. No pudo llegar a esa condición Alcide Roberto Beltrones Rivera, que como su nombre lo indica es hermano del gobernador del vecino estado de Sonora, Manlio Fabio de esos apellidos, que perdió la curul del VIII distrito por sólo 222 votos.

El Partido Revolucionario Institucional había hecho una colosal inversión en busca de recuperar el control político de la entidad. Informaciones periodísticas concluyeron que el gasto priista llegó a 35 mil millones de pesos, correspondiendo sólo a Tijuana 10 mil de esos millones. Al ser aventurada esta cifra, el PRI protestó por lo que consideró una exageración. Pero se sabe de fijo, porque así lo declaró de modo oficial el delegado del comité nacional en la entidad, Orlando Arvizu, que cada candidato -19 en total, cuatro a las presidencias municipales, 15 a la Cámara local- recibió 500 millones de pesos para su campaña. Sólo esa dotación directa suma 9 mil 500 millones de pesos. Si a eso se agrega que se repartieron 100 mil despensas cuyo monto oscilaba, según la categoría, entre 15 y 30 mil pesos, que se rifaron artefactos eléctricos (sobre todo ventiladores, apreciados en las zonas tórridas de la entidad); que se alquilaron camiones para los traslados, se firmaron convenios de publicidad con los diarios locales y de hecho se copó al menos la mitad del hotel Lucerna, se verá que no es descabellada esa cifra y ésta contrasta con las también calculadas por la prensa, atribuida al PAN (3 mil millones de pesos) y al PRD (sólo 600 millones de pesos).

Tal vez la fenicia conciencia de que todo ese dinero se esfumaba en derrotas, transformó al elegante PRI que en Chihuahua se apresura a reconocer la pérdida de sus posiciones, en un arisco protestador de decisiones y resultados, capaz de poner en jaque la convivencia en Baja California. Se le sumaron en la mezquindad los pequeños partidos que por la falta de votos desaparecen de la escena. Todos juntos deturpan al "PAN-gobierno", como llaman al presunto contubernio entre el partido al que pertenecen los gobernantes de la entidad y el gobierno mismo, en mecánica devolución de la fórmula que se ha convertido en definición del PRI.

Sería ridículo e ingenuo pretender que fueron impolutas las elecciones bajacalifornianas; ninguna lo es. Pero las que el PAN, hecho gobierno, instrumentó en la península y su resultado son como un anticipo de lo que andaremos.